

el fuerte San Felipe, y la de la izquierda el fuerte Jackson; la primera, á las órdenes del comodoro Bailey, constaba de seis cañoneras: *Cayuga*, *Oneida*, *Varuna*, *Katahdin*, *Kineo*, *Wissahickon*, y dos buques mayores, el *Mississippi* y el *Pensacola*; la de la izquierda, á las órdenes del capitán Bell, contaba otras seis cañoneras, *Scioto*, *Iroquois*, *Kennebec*, *Pinola*, *Itasca*, *Winona*, y tres buques, el *Hartford*, el *Brooklyn* y el *Richmond*. Otros cuatro buques menores con los morteros, conducidos por el capitán Porter, formaban la reserva. Á fin de ocultar el mayor tiempo posible la marcha de la escuadra, cubriéronse los buques con grandes ramas de árboles cuyo espeso follaje impedía que se pudieran distinguir bien, como no fuera desde los bosques que empezaban en las márgenes del río.

Á eso de las nueve de la mañana, y antes de que estuvieran en línea los buques donde iban los morteros, los cañones del fuerte Jackson rompieron el fuego, pero las balas cayeron á cien varas de distancia de la cañonera *Owasco* que iba de avanzada, mientras el capitán Porter, provisto de su antejo daba sus órdenes á fin de dirigir debidamente la puntería de las piezas. Á eso de las diez de la mañana se generalizó el fuego, y aunque á poco se vió que la corriente arrastraba tres balsas con sus cadenas, las cañoneras pudieron evitar el choque. Á las cuatro de la tarde, un vaporcito que se había puesto á disposición del general Butler, trajo la noticia de que el ejército acababa de llegar y de que un monitor había desmantelado al *Merrimac* en Hampton Roads; á las cinco, vióse que salían llamas del fuerte Jackson, donde seguramente se había declarado un incendio, y entonces cesó el fuego de los fuertes, precisamente cuando empezaba á oscurecer. El incendio del fuerte Jackson no

se apagó hasta eso de las dos de la madrugada. Al amanecer, sin embargo, las baterías de los confederados rompieron el fuego vigorosamente, y á las once y media de la mañana, una bala atravesó el casco de una de las goletas federales, que se fué á pique á los veinte minutos, en tanto que la *Oneida* recibió otros dos que desmontaron tres cañones hiriendo á nueve hombres. Por la tarde llegó el general Butler y fué á revisar la escuadra en un bote.

El bombardeo duraba ya tres días sin que se hubiese obtenido la menor ventaja, y en su vista el capitán Farragut reunió un consejo de oficiales, y oída su opinión, acordóse forzar el paso de los fuertes si era posible. Para esto era esencial cortar la cadena del puerto, y el capitán Bell se encargó de esta peligrosa misión sin llevar más fuerzas que las cañoneras *Pinola*, *Itasca*, *Iroquois*, *Kennebec* y *Winona*. Esta difícil cuanto arriesgada operación se llevó á cabo, aprovechando la oscuridad de la noche, con el mejor éxito, aun cuando los cañones del fuerte hicieron fuego durante algún tiempo contra los atrevidos espedicionarios.

El bombardeo continuó aun dos días más, para dar tiempo á que se reparasen dos cañoneras que estaban muy averiadas, pero al anochecer del día 24 ya había hecho Farragut todos sus preparativos, y se adoptó el plan siguiente. Los buques que llevaban los morteros, debían cubrir la marcha de la vanguardia haciendo un nutrido fuego; seis vapores pequeños, el *Harriet Lane*, *Westfield*, *Owasco*, *Clinton*, *Miami* y *Jackson*, debían situarse frente á la batería que estaba á la entrada del fuerte Jackson, y entre tanto el mismo capitán Farragut, con los tres buques mayores, el *Hartford*, el *Richmond* y el *Brooklyn* se estacionaria en la orilla oriental. El capitán Bailey recibió orden de atacar el

fuerte San Felipe con las cañoneras *Cayuga*, *Pensacola*, *Mississippi*, *Oneida*, *Varuna*, *Katahdin*, *Kineo* y *Wissahickon*, y se previno al capitán Bell que con la tercera división guardase el centro del río para atacar á la flota confederada. Dispuesto así el plan de batalla, el general Butler y su estado mayor pasaron á bordo del vaporcito *Sajon*; todos los oficiales de la flota ocuparon sus puestos, y la escuadra se puso en movimiento en medio de la oscuridad de la noche. La corriente era tan rápida y la atmósfera tan pesada, que los buques no podían recorrer sino cuatro millas por hora.

Poco después interrumpióse el silencio de la noche; se oyó una detonación, y un torrente de metralla, dirigido contra el fuerte Jackson, anunció á los separatistas que era llegada la hora del combate. Como los buques federales iban muy unidos, la *Cayuga* fué la primera cañonera que se vió espuesta al fuego de los fuertes, mas no quiso contestar, para que no conociese el enemigo su posición, y aproximándose al fuerte Felipe, pasó por debajo de sus cañones lanzándole de paso una andanada; las cañoneras *Pensacola*, *Mississippi* y *Varuna* seguían detrás, y de este modo pasó toda aquella división sin sufrir apenas averías.

El capitán Bell fué menos afortunado: la *Pinola*, *Scioto*, é *Iroquois* pasaron por delante de los fuertes sin sufrir apenas daño alguno, pero cuando la *Itasca* estuvo frente al fuerte San Felipe, cayó sobre ella una lluvia de balas, una de las cuales atravesó la caldera de vapor, inutilizándola completamente; la *Winona* no pudo cruzar sin una gran espocion, y la *Kennebec*, que se había enredado en el cable, perdió luego el rumbo y tuvo que volver á su primer anclaje.

Entre tanto el capitán Farragut que observaba atentamente todos los movimientos,

provisto de su antejo, había avanzado hasta situarse á un cuarto de milla del fuerte Jackson, y á eso de las tres de la mañana se generalizó el combate, no solo contra los fuertes, sino también contra la flota separatista, llamada de Montgomery. Poco después el fuego era espantoso por una y otra parte; los confederados habían sido sorprendidos y necesitaban algunos momentos para reponerse, mas una vez conseguido esto, defendiéronse con la mayor energía. Bien pronto se vió el río cubierto de restos de buques; una espesa humareda, que rasgaba de vez en cuando la llamarada de un cañonazo, envolvió todos los objetos, y después de dos horas de combate comenzó á reinar una espantosa confusión. Para dar una idea de ella, basta decir que el mismo capitán Farragut declaraba en su parte oficial que llegó un momento en que no pudo dar órdenes en medio de aquel indescriptible tumulto, en que los soldados se veían espuestos á tirar sobre sus mismos compañeros. El hecho es que ya al medio día la mayor parte de los buques unionistas habían forzado el paso. Unos treinta de ellos no podían maniobrar bien á causa de sus muchas averías; algunos tenían que ir remolcados, y de diez ó doce que se habían ido á pique, solo se veía el extremo de los mástiles en la superficie del agua. Los confederados perdieron cuatro buques, y seis quedaron en muy mal estado, contándose entre las tripulaciones treinta muertos y ciento diez y nueve heridos, incluso el médico de la armada. No pudo averiguarse entonces cuáles eran las pérdidas de los unionistas, porque estos quemaron varios de sus buques.

El general Lovell, que había presenciado el combate de la flota unionista con los fuertes y la flotilla confederada, viendo que la victoria se declaraba en favor del enemigo, montó á caballo y se dirigió rápidamente á

la ciudad á fin de prevenir al general Smith que se resistiese todo lo posible por la parte de tierra. Sin embargo, habia subido tanto el agua, que los cañones de los buques federales, podian dominar las fortificaciones, y reconociendo esto, tratóse de reunir mil voluntarios, que cercando la flota federal se lanzaran resueltamente al abordaje, pero no se ofrecieron sino ciento, y entonces se comprendió que una vez forzado el paso estaba perdida la ciudad. Persuadido tambien de esto el general Lovell, y despues de consultar con las autoridades, dispuso que se embarcasen en un vapor todos los viveres y municiones, y como una parte de la milicia se habia desbandado ya, dispuso que la que habia permanecido fiel marchase á Campo Moore, situado á setenta millas de la via ferrea de Jackson. Sin embargo, antes de abandonar la ciudad, el jefe separatista pegó fuego á todos los almacenes militares; incendiáronse los docks y los depósitos de algodón y carbon, así como tambien un gran número de buques, y hecho esto los confederados emprendieron la retirada por el camino de hierro.

Poco despues el capitán Bailey marchó á exigir la rendicion de la ciudad, mas como al llegar á las puertas le recibiese la multitud á silbidos, pidió que le escoltaran los principales ciudadanos hasta la Casa de la Ciudad. Al llegar á ella, Bailey exigió que se pusiese la bandera federal en todos los edificios públicos, mas habiendo manifestado el mayor Monroe que no tenia suficiente autoridad para hacerlo, envióse un parte al general Lovell, quien espuso á su vez que al evacuar la ciudad resignaba el mando en las autoridades municipales, y que por lo tanto podrian estas obrar como lo tuviesen por conveniente. El capitán Bailey volvió entonces á dar cuenta de su cometido, y entretanto el

mayor Monroe, que se mostraba resuelto á no quitar la bandera del Estado, envió un mensaje al Consejo, que estaba en sesion, recomendándole se contestara al capitán Farragut, que no siéndole posible á la ciudad oponer resistencia alguna, se habia visto en la precision de ceder á la fuerza, mas que no debia entenderse por esto que renunciaba á su alianza con el Gobierno de la Confederacion. La conducta de las autoridades municipales pudo dar lugar á que ocurriera un conflicto, que felizmente se evitó. Algunas fuerzas, desembarcadas en Panzacola, izaron sin oposicion alguna la bandera federal en el Mint, y allí permaneció hasta que algunos jóvenes confederados la arrancaron de donde estaba, arrastrándola por las calles. El capitán Farragut habria podido exigir de la autoridad que volviera á colocarla, so pena de destruir á Nueva-Orleans, y aconsejó al mayor Monroe que lo hiciera, mas como éste se negara rotundamente, á fin de terminar de una vez tan enojosa cuestion, Farragut hizo desembarcar parte de sus tropas, y al fin se verificó la operacion, quedando este asunto concluido.

El general Butler, testigo de la victoria alcanzada por Farragut, fué á unirse inmediatamente con las tropas de tierra y con ellas se dirigió al fuerte San Felipe, situando sus fuerzas de modo que pudiera aislar las dos guarniciones. Por su parte, el comandante Porter, seguido de sus cañoneras, continuó el bombardeo, y luego envió una bandera de parlamentario, exigiendo la rendicion del fuerte, á lo cual no accedieron los sitiados. Sin embargo, al dia siguiente, 28 de abril, doscientos cincuenta hombres del fuerte Jackson, á cuyo conocimiento llegó la toma de Nueva-Orleans, rehusaron batirse mas tiempo, y despues de clavar algunos cañones, se rindieron á los

1862.

destacamentos del general Butler. El teniente coronel Higgins, viendo entonces que todo estaba perdido, no vaciló en aceptar las condiciones de la capitulacion ofrecida por el comandante Porter, y entregados los fuertes confiése al general Phelps su custodia, procediéndose desde luego á reparar los desperfectos causados por la artillería de la escuadra. Butler marchó desde luego con el general Williams á tomar posesion de los fuertes Pike y Wood, situados á la entrada del lago Pontchartrain, y seguido de dos vapores con dos mil hombres de tropas, dirigióse acto continuo á la ciudad (*). En las conferencias que entonces tuvieron lugar entre el jefe unionista, la municipalidad y el mayor Monroe, sostuvo el primero que Nueva-Orleans debia considerarse ya como una ciudad de los Estados-Unidos, en la que, vencida la rebelion, comenzaba á ejercer de nuevo su autoridad el Gobierno federal; pero Monroe, Mr. Soulé y la multitud, insistian en lo contrario, alegando que los federales no eran en su juicio sino unos invasores, y que antes de tomar medida alguna se debia consultar á los patrióticos ciudadanos del Sur. No siendo posible una avenencia, y despues de haber sabido por el capitán Farragut cuanto ocurrió en la ciudad al presentarse la flota por primera vez, Butler dispuso que desembarcasen sus tropas, las cuales avanzaron entonces, obligando á la colérica multitud á que dejara el paso libre á fin de que se formaran los regimientos. Butler y su estado mayor recorrieron despues las calles á pié, seguidos del regimiento de Massa-

(*) En el bombardeo de los fuertes Jackson y San Felipe, tuvieron los confederados once muertos y treinta y nueve heridos, y se les cogieron trescientos noventa y tres prisioneros, sin contar los del regimiento Chalmette que se rindió al capitán Bailey. Segun el parte oficial, parece que la verdadera pérdida de los federales ascendió á cuarenta muertos y ciento setenta y siete heridos.

chusetts, cuya música iba tocando un himno patriótico al que servian á veces de acompañamiento los silbidos de la multitud. Cuando hubo llegado Butler al edificio de la Aduana, dispuso que se situara convenientemente la artillería, acuarteló parte de sus tropas y volvió á bordo de su vapor.

Aquella misma tarde Butler acabó de redactar una proclama y la envió á la redaccion del *True Delta*, á fin de que se imprimiera y repartiese al público, pero como se negase á obedecer el editor, una compañía de soldados rodeó el edificio, y seis de ellos que eran cajistas se ocuparon en imprimir el escrito. El editor protestó contra esta violencia, pero entonces Butler suspendió la publicacion del periódico, hasta que por último el dia 6 de mayo apareció en sus columnas la proclama.

El gran palacio de San Carlos se habia cerrado repentinamente, pero Butler lo mandó abrir para establecer en él su cuartel general, y despues invitó al mayor y á los miembros del Consejo á que pasaran á verle al siguiente dia. Hiciéronlo así en efecto, y el general les hizo presente que él era el dueño de la situacion, que tenia derecho para castigar á todo aquel que no reconociese su autoridad, y que si bien podia la multitud silbar y gritar, no debia sin embargo permitir que se cometiese ninguna violencia, pues de lo contrario haria uso de sus cañones para barrer las calles y castigar á los culpables. Costó algun trabajo persuadir de esto á los furiosos confederados, pero al fin entraron en razon: restablecióse el orden y no se cometió ningun ultraje ni violencia que mereciese castigo.

Para que se comprenda, sin embargo, hasta qué punto llegaba la exasperacion de los ánimos en la ciudad, citaremos un solo caso.

Las mujeres de Nueva-Orleans, es decir,

aquella parte de ellas que se titulaban señoras, eran ardientes partidarias de la Confederacion, y como las tendencias aristocráticas son mucho mas poderosas en el bello sexo que en los hombres, la esclavitud, por mas que rebajase á estos y degradara á las mujeres del Sur, era considerada por ellas como la primera patente de nobleza, y por esto querian conservarla, y no hubieran perdonado sacrificio alguno para conseguirlo. Decian en alta voz que si era necesario, estaban dispuestas á verter su sangre por la Confederacion; escitaban á sus amigos contra los federales, negándose á tener trato alguno con aquellos que no se alistaran en el ejército separatista; llegaron hasta el punto de insultarlos cuando no lo hacian así, y trataron con el mayor desprecio y desden á todos los oficiales y soldados unionistas. Constituia uno de sus principales adornos una banderita en miniatura con los colores de la Confederacion, y cuando encontraban á un oficial unionista en la calle, pasaban á la otra acera como para evitar su contacto, sin contar que si por casualidad se veian en la precision de hablar con alguno, usaban de un lenguaje tan insultante, que se necesitaba mucha paciencia para guardar las consideraciones que se merece el bello sexo. En Nueva-Orleans llegó hasta el caso de que una señora escupiese á la cara á dos oficiales que se paseaban tranquilamente por una calle, y este hecho, apurando la paciencia de los jefes unionistas, fué el que indujo al general Butler á publicar su famosa orden, cuyo contenido es el siguiente:

«Cuartel general del departamento de Nueva-Orleans, 15 de mayo de 1862.

»Orden general, núm. 28.

»Como quiera que los oficiales y soldados de la Union han sufrido repetidos insultos de

las mujeres (que se titulan señoras) de Nueva-Orleans, aun cuando se les ha tratado con la mayor finura y cortesía, he resuelto que en lo sucesivo, cuando una mujer insulte á cualquier oficial ó soldado de la Union, con palabras ó gestos, ó de otro modo cualquiera, sea tratada y considerada como una mujer pública.

»Por orden del mayor-general Butler,

»C. Strong,

»Jefe de estado mayor.»

Esta orden hizo poner el grito en el cielo, no solo al mayor Monroe y á sus amigos, sino tambien el gobernador de Louisiana, y á todos los separatistas en general, y hasta el mismo Lord Palmerston la censuró severamente en la Cámara de los Comunes. Agotada ya su paciencia por tantas provocaciones y enojosas polémicas, el general Butler se vió al fin precisado á encerrar al mayor Monroe en una prision, suprimiendo la municipalidad, y tambien tuvo por conveniente desterrar á Pedro Soulé, y dispuso que se encargase el coronel Shepley del mando militar de Nueva-Orleans.

Otro de los actos del general Butler, que escitó la mas severa censura por parte de sus enemigos, fué el siguiente. Guillermo B. Mumford, ciudadano de Nueva-Orleans, era el que habia conducido á las turbas para arrancar la bandera federal que ondeaba en el Mint, y este hecho habia ocurrido despues de la evacuacion de la ciudad por Lovell, y cuando esta estaba ya ocupada por las tropas unionistas. Semejante ultraje, aplaudido por el pueblo, hubiera justificado suficientemente una sangrienta represalia, tanto mas cuanto que las autoridades de Nueva-Orleans lo aprobaron tácitamente, permitiendo que el diario, *El Picayune*, elogiara el valor y patriotismo del hombre que habia llevado su arrojo hasta el punto de arrancar la bandera ene-

miga. Cuando la ciudad llegó á estar ocupada completamente, y la autoridad restablecida, el general Butler mandó arrestar á Mumford; formósele causa, y probado el delito de rebelion, se le sentenció á morir en la horca, lo cual se verificó al dia siguiente, aun cuando se dijo que Butler no se atreveria á tanto.

Ocupada Nueva-Orleans, y reparadas las fortificaciones, el comandante Porter volvió á Ship-Island con una parte de la flota; algunos buques se estacionaron cerca de Nueva-Orleans para atender á su defensa, y los demás, al mando del capitán Craven, marcharon á recorrer el rio. Baton Rouge, capital del Estado, fué tomada sin resistencia el dia 7 de mayo: el jefe militar rehúsaba rendirse, pero el comandante Palmer desembarcó las fuerzas que llevaba en la cañonera *Iroquois*, tomó posesion del arsenal, y el capitán Farragut, que llegó poco despues, adoptó las disposiciones mas oportunas para conservar aquel punto.

La escuadrilla al mando del comandante Lee, no encontró oposicion alguna hasta llegar á Vicksburg, y cuando en 18 de mayo se intimó la rendicion, los defensores de la plaza se negaron á escuchar proposiciones en este sentido. Como los unionistas no contaban con fuerzas suficientes para comenzar el ataque, hubo que esperar la llegada de mas tropas, y en efecto, de allí á poco se presentó el capitán Farragut con cuatro mil hombres al mando del general Tomás Williams. Sin embargo, como Vicksburg es una plaza muy fuerte y estaba muy bien defendida, no se comenzó el bombardeo hasta que se presentó la flotilla del comandante Porter, pero aun con este refuerzo nada se pudo conseguir por ser muy formidables las baterías de los confederados. El 28 de mayo llegó el capitán Davis con su flotilla de

cañoneras, mas aun no era aquello suficiente para emprender el asalto, sobre todo si se atiende á que el general Williams tenia diariamente bajas en sus tropas por causa de las enfermedades, de tal modo que aquellas se habian quedado reducidas á la mitad. El capitán Farragut bombardeó entonces á Donaldsonville, desde cuyo punto hacian los confederados un fuego continuo contra los unionistas, y consiguió destruirlo en parte, pero como el rio iba bajando rápidamente, y esto era una gran desventaja para la flota, se levantó el sitio de Vicksburg en virtud de instrucciones recibidas de Washington, y el capitán Farragut volvió á Nueva-Orleans á fines de mayo con la mayor parte de los buques.

El general Williams desembarcaba entre tanto cerca de Baton Rouge con las tropas de su mando, y como circulaba el rumor de que los confederados proyectaban un ataque con numerosas fuerzas, Williams ordenó á sus oficiales que estuvieran alerta para no ser sorprendidos á la mañana siguiente. Los separatistas habian averiguado por sus espías que la mayor parte de los soldados de Williams estaban en los hospitales, y sin duda por esto intentaban dar un golpe de mano.

Los separatistas se acababan de concentrar en Tangipahoa, á sesenta millas al Noroeste de Nueva-Orleans, y sus fuerzas constaban de trece regimientos, en tanto que los federales solo contaban con nueve. El ejército confederado, al mando del general Juan Breckinridge, se formó en dos alas; la de la izquierda á las órdenes del general Daniel Ruggles, y la de la derecha conducida por el brigadier general Carlos Clarke, y el 25 de agosto atacaron estas fuerzas simultánea y vigorosamente á tres regimientos federales que ocupaban el